

Habanera, después del triunfo de la revolución emancipadora del 95, epílogo feliz de la infausta del 68, todo un Pueblo agradecido ciñó, a su augusta frente. I cuando una ferviente multitud, idólatra del viejo caudillo dominico-cubano, compuesta de *veinticinco mil* ciudadanos —en representación del Pueblo Cubano— le desagradiaba, invistiéndole de nuevo del mando supremo de El Ejército, y del cual lo había depuesto esa Asamblea de 1899.

I. O. LAMARCHE

He aquí la carta:

REPUBLICA DE CUBA
Cuartel Gral. del Ejército.

Habana 28 Marzo 1899

Señores:

C. Armando Rodríguez y Osterman
LamarCHE Marchena,

Santiago de Cuba.

Estimados compatriotas:

He recibido la mayor atenta carta de ustedes fe-

chada el 15 del corriente mes, y motivada por el acuerdo —que yo no califico— de la Asamblea y las manifestaciones que mis amigos realizaron en esa ciudad como elocuente prueba de afecto y consideración hacia mi persona. Si hubo ofensa el desagravio ha sido mayor. Los hombres se ofuscan, luego, olvidándose de la alta justicia que debe persistir todas las acciones humanas si queremos hacer obra buena y que no turbe nuestra conciencia.

Los sucesos me indicarán las últimas resoluciones que deba tomar. No he escatimado nunca mi amor y mis servicios a esta tierra heroica; pero si las circunstancias lo exigen satisfaré, talvez con cierta anterioridad, la suprema aspiración de mi alma: retirarme a un modesto rincón de nuestra tierra Dominicana a terminar el resto de mi vida que me queda al calor de mi hogar y de mis caras afecciones-sagrado donde no penetran las tormentas de la ambición.

Me es grato suscribirme de Udes. atentamente servidor, compatriota y amigo, General

M. Gómez.

MAXIMO GOMEZ

Por FELIX LIZASO

En el cincuentenario de la muerte de Máximo Gómez ninguna voz más autorizada, para el elogio del héroe, que la de un cubano. La Academia, pues, hace suyo el homenaje rendido al egregio dominicano por el ilustre ensayista don Félix Lizaso, una de las más altas figuras de la intelectualidad cubana.

Cincuenta años se cumplen hoy de la muerte de Máximo Gómez, un acontecimiento que conmovió profundamente el espíritu cubano, aun vibrante de entusiasmo patrio, recién inaugurada la República. Su vida ejemplar consagrada a la independencia de Cuba, lo situaba a altura sin paralelo entre los primeros jefes de la guerra, y todos le reconocían su posición primerísima como Generalísimo de los Ejércitos cubanos. El había sido el hombre escogido por Martí para organizar y dirigir la Revolución que había concebido.

Las discrepancias anteriores dejaron de tener sentido cuando estos dos hombres se juntaron nuevamente en Santo Domingo, en septiembre de 1892, y después de conversaciones y acuerdos que debieron ser unánimes, se cruzaron sus memorables cartas de septiembre de 1892. La idea que Martí llegó a tener de la capacidad estratégica de Gómez, tanto como de la pureza de sus intenciones, se revelan no sólo en sus escritos, sino en la absoluta confianza que le merecía el héroe dominicano, a cuyo amparo puso no sólo la idea salvadora, sino su propia vida.

Cuando el período preparatorio se acercaba a su fin, y Martí había realizado ya el milagro de juntar a los cubanos en la idea de la independencia, ofrece al general Gómez la dirección de la guerra, y es Gómez el centro de todos los arreglos y decisiones, como se hace claro en su inmensa correspondencia de esa época. La previsión y el acierto de Martí, al



confiar plenamente en el héroe dominicano, se confirmaron a través de los años de la lucha. Pero la absoluta razón de su juicio la consagró plenamente la propia vida del héroe, en los últimos años de la paz, cuando adquirió relieves extraordinarios por su desinterés y su rectitud, que hicieron más grande aun su figura.

El heroísmo en la paz, había dicho alguna vez Martí, es más grande aun que el heroísmo en la guerra. Y en los pocos años que Máximo Gómez sobrevivió a su triunfo grandioso, creció su figura de héroe solitario y generoso, lleno de preocupaciones por el porvenir de la patria que de modo tan eficaz había ayudado a fundar.

Fortuna grande es que, en medio de los trastornos que Cuba ha sufrido a causa de las ambiciones y desacuerdos que han surgido en sus hijos, a lo largo de todo el período republicano, podemos volver la mirada hacia atrás, y encontramos ejemplos de abnegación, de pureza y lealtad a los grandes ideales, como fué esta vida del gran dominicano. ¡Y qué ejemplo de un sentido amplio de la concepción americana nos dejó!

Nació en Santo Domingo, sintió las ansias de libertad de esta tierra como cosa propia, y cuando puso su espada al servicio de su independencia, no dejó de soñar en una ley que declarase que "el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa". Después, cuando ya sus sueños se habían logrado, y había ido a recibir el agasajo de su pueblo dominicano, pudo decir estas hermosas palabras: "Cuanto hice en Cuba como humilde y devoto soldado de la libertad, lo hice a nombre del pueblo dominicano, cuyas miradas estaban fijadas en mí".

Esta es una fecha que no debiera pasar inadvertida para nosotros. Hace cincuenta años, cuando murió Máximo Gómez, la Isla entera sufrió una profunda conmoción. La noticia se extendió por toda la Isla y su entierro fué uno de los más conmovedores sucesos en nuestra historia. Pensamos que sólo podría compararse con el entierro de Luz y Caballero, acontecimiento que sacudió el espíritu cubano en lo más profundo de sus fibras, y alcanzó demostraciones de cataclismo nacional. En ambos casos fué un verdadero duelo popular, que tuvo la mayor trascen-

dencia trágica. El pueblo, coro de la tragedia griega, lamentando la gran pérdida!

En esta fecha, volviendo a pensar en lo que Cuba debe a Máximo Gómez, hemos recordado que su archivo inmenso y valiosísimo está aún sin publicarse, conocido sólo en una pequeña parte. Y hemos vuelto a repasar un libro reciente a él consagrado, en cuyas páginas se atesoran muchos destellos de su gran espíritu: el libro *Papeles Dominicanos de Máximo Gómez*, que debemos a ese gran historiador y amigo Emilio Rodríguez Demorizi, que antes consagró a nuestro Apóstol en su centenario una obra de verdadera importancia: *Martí en Santo Domingo*.

Las cartas y documentos de Máximo Gómez que en él se publican, están saturados de su amor a Cuba. Leemos allí, en una carta de marzo de 1895, esta frase honrosa: "Allá vá Martí, con su cabeza desgredada, sus pantalones raídos, pero con su corazón fuerte y entero para amar la independencia de su tierra, por la que yo también me esfuerzo y trabajo". ¡Cuántas páginas maravillosas de sencillez y de hombría logró reunir Rodríguez Demorizi!

Y para un día como hoy, ninguna nos ha conmovido más que un artículo que escribió Pedro Henríquez Ureña, que a la sazón vivía en Cuba, reseñando el entierro del héroe. Su trabajo *La muerte de Máximo Gómez*, que enviado como correspondencia habanera, se publicó en el *Listín Diario*, de Santo Domingo, es uno de los pocos trabajos, acaso el único de esa índole, que escribió el joven maestro de las letras hispanoamericanas, que consagraba su pluma por entero a los temas literarios.

También su hermano Max escribió un *Bosquejo biográfico de Máximo Gómez*, en ocasión del infausto acontecimiento, que de igual modo recoge Rodríguez Demorizi en su obra. Los dos grandes escritores dominicanos sintieron, como el Generalísimo, que Cuba y Santo Domingo eran una misma patria, como ya Martí lo había escrito en su Carta Testamento literario, a don Federico Henríquez Carvajal: "De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Usted no es cubano, y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo?"

(*El Mundo*, La Habana, 17 de junio de 1955).

